

# CUADERNOS DE HISTORIA

3

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE JULIO 1983



Sergio Villalobos, Carlos Aldunate, Horacio Zapater,  
Luz María Méndez, Carlos Bascuñán  
RELACIONES FRONTERIZAS EN LA ARAUCANIA  
Ediciones Universidad Católica de Chile  
Santiago, 1982

Bajo este título general nos encontramos con cuatro estudios y una serie de documentos epistolares sobre el tema fronterizo. Se trata de una interesante iniciativa que permite, mediante diferentes estudios monográficos, dar cuenta de un proceso histórico importante de nuestro país.

El primero de esta serie de estudios, *Tres siglos y medio de vida fronteriza*, pertenece a Sergio Villalobos y es el más extenso de ellos. Ya en sus primeros párrafos, el autor nos plantea escuetamente la idea de que el largo período de contacto entre los indígenas de la zona y los europeos y sus descendientes, ora violento, ora pacífico, no corresponde a la idea que se ha socializado entre los chilenos; donde dicha relación adquiere un carácter puramente óptico-guerrero. Destaca acertadamente Villalobos que la constante guerra sólo corresponde al período inicial —1536 a 1655— y que en los años posteriores, hasta 1883, año en que se consolida la incorporación de ese vasto territorio a la República, el contacto entre ambos pueblos tiene, primordialmente, un carácter pacífico, si bien ocurren hasta muy tarde (1880-1882) choques armados que surgen —dice el autor— de “abusos y tensiones provocados por esos contactos íntimos y no por una voluntad de conquista por un lado ni de resistencia por el otro”. A partir de esta consideración fundamental, el autor se detiene a analizar las formas de relación que envuelve la vida fronteriza; lugar en que nos encontramos con la violencia, lo primitivo y el despojo en una sociedad precaria.

Bajo el subtítulo de *Tiempo de guerra y paz*, siguiendo un orden cronológico, Villalobos nos recuerda un proceso conocido y caracteriza el tipo de relación entre aborígenes y blancos, tanto en los encuentros bélicos como pacíficos; indicando la diversidad de causas y aspiraciones que provocan una y otra forma de contacto hasta bien entrado el siglo XIX, cuando la pacificación definitiva se deberá a la destacada acción del jefe militar don Cornelio Saavedra.

El autor de este trabajo pasa luego a explicar en qué consistió la capacidad de

resistencia que mostraron los araucanos, haciendo de paso referencia a otros grupos de indígenas que más fácilmente fueron sometidos por los europeos conquistadores. Al respecto, Villalobos hace una prolongada referencia, utilizando la crónica de Gerónimo de Bibar, de las habilidades demostradas por los picunches en su enfrentamiento con los españoles; asunto interesante pero a la vez distante del tema de este estudio.

La relación económica en el teatro de la guerra, asunto sobre el cual hay todavía investigación pendiente, es tratado con precisión por el autor. El indígena como mercadería, que se vende, compra y esclaviza; el frecuente y a veces nutrido comercio entre españoles e indígenas, hechos que Villalobos establece fehacientemente, le dan al territorio fronterizo un carácter muy diferente del que pudiera pensarse sin tener a la vista los resultados de la investigación. Este mundo mercantil, que tenía como centro de origen la zona fronteriza, se extendía a otras muy distantes de ella; mereciendo, por distintas razones, el interés de las autoridades españolas y luego republicanas, que intentaron regularlo.

Más adelante y sin aportar novedades, el autor de este estudio muestra cómo el proceso del mestizaje es amplio, rápido y no significa, en suma, un fenómeno que despierte extrañeza o la censura, a pesar de las ocasionales protestas, particularmente del clero, y a causa de la violencia que dicho proceso implica; el raptó de mujeres blancas durante los frecuentes ataques que llevaban a cabo los indios, o la acción similar en que incurrieron los españoles, especialmente los soldados. Tal contacto, obviamente, tendría un profundo significado cultural para los dos pueblos afectados.

Frente a la ruda y muy fluida existencia fronteriza, las autoridades no dejaron pasar oportunidades que llevaran a una relación pacífica entre los pueblos que se enfrentaron, durante tantos años, en la zona fronteriza. Pasados los primeros tiempos de brava guerra surgieron sucesivos intentos de entendimiento en los llamados parlamentos; encuentros que, organizados para lograr acuerdos, servían también para afianzar relaciones, incluso de tipo comercial. Pero dentro de esta necesidad de un entendimiento y de relaciones pacíficas, destaca también Villalobos la acción perseverante y a la larga fructífera, de los misioneros.

Muy acertadamente el autor apunta a continuación que la incorporación de la Araucanía debe entenderse como la culminación de un largo proceso que se iniciara con los primeros encuentros entre aborígenes y conquistadores. Proceso que se acentúa en el siglo XIX, no sólo por razones económicas, que señala Villalobos, sino también y principalmente porque hay conciencia de que el Estado debe consolidar el dominio sobre todo el territorio nacional. Este largo y dificultoso proceso está jalonado por una serie de hechos de interés que no han sido hasta el momento investigados en toda su magnitud. Un proceso siempre delicado, que hasta muy avanzado supo de nuevos momentos críticos.

A continuación, la obra que comentamos incluye un trabajo de Carlos Aldunate —*El indígena y la frontera*— en el que indaga en los efectos culturales que el contacto fronterizo significó para el pueblo aborígen. Con este propósi-

to, el autor pasa una precisa revista a la situación en que se desarrolla la vida indígena con anterioridad a la llegada de los europeos y luego al contacto entre los dos pueblos en general y en la zona estudiada en particular.

En una interesantísima, pero a la vez demasiado apretada síntesis, Aldunate estudia las estructuras sociales y otras formas de vida de los grupos indígenas de la zona en cuestión; realidad que contribuye a explicar, tanto los éxitos de los españoles en sus luchas de predominio, como también la dificultad para afianzar su control sobre la Araucanía. Desafortunadamente, no obstante la precisión con que el autor trata tan complejo tema, su excesiva síntesis le impide dar cuenta plena y satisfactoria del propósito anunciado: "profundizar en las implicancias culturales que la frontera produce en la cultura aborigen".

El tercer artículo que compone este libro sobre la Araucanía pertenece a la pluma de Horacio Zapater y lleva por título *La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX*. Este claro y bien documentado artículo, que incluye el manejo de una interesante literatura argentina, nos muestra una realidad novedosa incluso para quien haya dedicado su atención a la vida en la región fronteriza; ya que existe por lo general la idea de que esa zona, dominada demográficamente por distintos grupos indígenas, vivió encerrada en sí misma y casi sólo con un contacto exterior, a través de su parte norte, con la población española del centro y centro sur del país.

En este sentido, el autor señala, documentadamente, los tipos de contactos que los mapuches y otros grupos tuvieron, tanto con indígenas como españoles de allende la cordillera. Estas frecuentes relaciones, que tienden a hacerse constantes desde muy temprano y que tuvieron una importante influencia sobre la cultura, en casi todos sus aspectos, y la vida de la dilatada e imprecisa zona estudiada.

Una institución a la cual se han referido de paso los artículos iniciales de la publicación del caso, es objeto de un detenido, claro, sistemático y muy meritorio estudio: *Los parlamentos de indios en el siglo XVIII*; importante forma de contacto entre españoles e indígenas que surgió en los inicios del siglo XVII, con el propósito de evitar la continuación de la belicosa relación entre los dos pueblos.

No obstante, dice la autora de esta interesante monografía —Luz María Méndez— entre los habitantes de la región fronteriza, en el siglo XVIII, estas reuniones "se daban en un ambiente que era más propicio a la paz que a la guerra". Es decir, a esas alturas, como lo destaca también el autor del primer artículo reseñado, las relaciones entre los dos pueblos ya no gira sólo en torno a la guerra sino que se ha ampliado incluyendo los aspectos culturales, religiosos y comerciales; aunque la relación pacífica sea siempre algo precaria.

La autora distingue formas de relación en busca de acuerdos. Así, distingue entre juntas de indios y las parlas, para luego referirse a la junta de guerra. "Su objetivo principal —nos dice— era delinear las bases de las conversaciones que se sostendrían con los indios... en ella se definían precisamente los futuros acuerdos de los parlamentos".

En cuanto a la celebración de los parlamentos, ellos eran preparados cuida-

dosamente. Había que seleccionar el lugar apropiado, considerando su ubicación estratégica, para el caso de un ataque indígena. El lugar elegido debía contar, además, con la existencia de ciertos recursos indispensables para atender las necesidades de un subido número de concurrentes. Ambas partes procuraban escoger un lugar próximo de apoyo o refugio; necesidad que la autora ilustra mediante un mapa que cubre la zona comprendida entre los ríos Maule y Toltén, en el que están señalados, entre otros detalles, los puntos donde se celebraron los parlamentos.

Luego, con lujo de detalles, la autora va señalando cada uno de los aspectos que confluyen a la celebración del parlamento: Su financiamiento, la forma en que concurrían los proveedores, en particular de alimentos, respecto de los cuales incluye cuadros relativos a la acumulación de carnes y vinos. Los presentes que las autoridades reunían para regalar a los indígenas y otros detalles de la infraestructura necesaria para estos encuentros.

En suma, la señora Méndez ha realizado un minuciosa y novedosa pesquisa sobre un tema tantas veces mencionado en la historiografía pero nunca analizado desde esta perspectiva, sino en sus generalidades.

El quinto estudio pertenece, como el primero de ellos, a Sergio Villalobos y lleva por título, *Tipos fronterizos en el ejército de Arauco*.

Partiendo de afirmaciones en parte ya hechas en su artículo anterior: el mito de más de trescientos años de incesante lucha en la zona de la frontera, Villalobos nos propone la existencia de una serie de personajes que desempeñan importantes misiones en el ejército de esa parte del país; estudio que hace extensivo hasta mediados del siglo XIX.

Desde el momento inicial de la conquista surgen, por la necesidad de las cosas los lenguaraces; traductores que hacían posible el entendimiento entre españoles y aborígenes. Indígenas ellos mismos, estos traductores dejaron de contar con la confianza de los españoles cuando se comprobó casos en que utilizaban su capacidad en favor del pueblo nativo o del suyo propio, sin guardar la necesaria lealtad para con sus nuevos amos; situación que obligó a las autoridades a encargar dichos servicios a personas de mayor confianza, llamados "intérpretes de la lengua general", a cambio de un salario.

Los comisarios de naciones, por otra parte, tenían como misión mantenerse en contacto con los caciques para conocer sus puntos de vista, evitar los conflictos y así ayudar a mantener las buenas relaciones entre indígenas y españoles. Para ilustrar la complejidad o importancia de las funciones de estos comisarios, Villalobos reproduce parte de un interesante informe presentado por Antonio Varas a la Cámara de Diputados en 1849.

Intimamente vinculados a los anteriores existían los capitanes de amigos que tenían funciones parecidas a las de aquéllos y que, además, se relacionan con los intérpretes, ya que obviamente sólo podían cumplir con su misión conociendo no sólo las costumbres sino también las lenguas aborígenes.

Aunque estos tipos humanos, a cargo de misiones tan importantes, se mantuvieron durante los primeros años de la vida republicana, sus obligaciones y atribuciones comenzaron a ser normadas con más claridad; ello particu-

larmente debido a que, de hecho, se veían envueltos en delicadas funciones de relación entre los dos pueblos.

Entendemos que éste es un excelente estudio monográfico a través del cual se penetra por una vía muy precisa en la compleja realidad de la vida en la región de la frontera. Numerosas e iluminadoras citas, así como también una interesante información anexa, completan la visión del tema.

La última parte del volumen que comentamos contiene una serie de cartas relativas a la repoblación de Osorno y cubren el período que va entre 1797 y 1802; todas ellas —44 en total— enviadas por don Juan Mackenna, encargado de llevar adelante tan dificultosa tarea, a don Ambrosio O'Higgins. Dicha correspondencia, que va precedida de una clara introducción de Carlos Bascuñán, no sólo muestra el celo e inteligencia con que Mackenna se hizo cargo de la tarea que le encomendara su ilustrado superior sino, además, muestra interesantísimos aspectos de la vida, compleja y dura en medio del territorio indígena del sur de nuestro país hacia fines del período colonial.

En suma, la serie de estudios que sucintamente hemos reseñado, componen un todo que tiene el mérito indiscutible de dar vida a un proceso histórico que cubre más de trescientos años de la existencia de una región de Chile. En algunos casos echamos de menos un esfuerzo por situar el tema investigado dentro de un ámbito conceptual e histórico más amplio. También entendemos que estos trabajos no fueron preparados para su publicación conjunta; sólo así se comprende que haya reiteración en algunos planteamientos de tipo general. Con todo, como queda dicho inicialmente, sus autores llevaron a feliz término una iniciativa que bien podría alentar otros estudios que sean susceptibles de reunirse para completar cuadros que de otra manera pueden quedar inacabados. Cabe destacar por último que la edición de este libro contiene una serie de hermosas láminas en colores que contribuyen a acentuar el interés del tema y, por cierto, a hermosear la presentación del volumen.

Gonzalo Izquierdó Fernández

Jorge Pinto Rodríguez

LAS MINAS DE AZOGUE DE PUNITAQUI

*Estudio de una faena minera de fines del siglo XVIII*

Talleres gráficos. U. del Norte. Coquimbo, 1981 pp. 184

El área más septentrional del Chile colonial, la región del Norte Chico, alcanzó en el siglo XVIII un desarrollo sostenido y ascendente en su actividad minera. Numerosos pirquineros o cateadores recorrieron sus largas cadenas de montes transversales en busca de nuevas vetas, filones y mantos de mineral.

La actividad económica logró un especial dinamismo en la región, con el auge de la minería cuprífera en Coquimbo y Vallenar a mediados y fines de la centuria, respectivamente. A ello, se agregaron las faenas de la minería aurífera en Andacollo, Illapel y Petorca, y las argentíferas en Copiapó, Combarbalá y